

**Resumen**

Existen dos maneras de entender la relación entre el fenómeno del cambio lingüístico y el de la evolución del lenguaje: en la primera los dos procesos son independientes y en la segunda el fenómeno del cambio lingüístico es una parte central del proceso de evolución del lenguaje. Ambas opciones se correlacionan con diferentes concepciones de qué es el lenguaje y con distintas teorías del cambio lingüístico. A través del examen de la llamada teoría de la gramaticalización, se analizan los argumentos de ambas opciones y se concluye que la hipótesis de que los cambios lingüísticos son relevantes en el proceso de evolución de la facultad humana del lenguaje presenta problemas empíricos y teóricos que la hacen insostenible y dificulta una adecuada comprensión tanto de los cambios lingüísticos como de la evolución del lenguaje.

**Palabras Clave**

Cambio lingüístico, evolución del lenguaje, teoría de la gramaticalización, reanálisis, categorías gramaticales.

**Abstract**

The relation between language change and language evolution can be understood in two ways: according to the first one, both processes are independent; according to the second one, language change is a main factor in the evolution of the human faculty of language. Both options are correlated with different conceptions of language, and with different theories of language change. By examining so-called grammaticalisation theory, I analyse the arguments of both options and I conclude that the assumption that linguistic changes are relevant in the evolution of the human language faculty presents empirical and theoretical problems that make it unsustainable, and it hinders a proper understanding of both linguistic change and language evolution.

**Key words**

Language change, language evolution, grammaticalisation theory, reanalysis, grammatical categories.

Fecha de recepción: 15/09/2016 - Fecha de aceptación: 18/10/2016 – Fecha de publicación: 06/11/2016

\* La investigación subyacente a esta aportación se ha beneficiado de la subvención del Gobierno de Aragón al grupo *Psylex* (Universidad de Zaragoza) y forma parte del proyecto del Ministerio de Economía y Competitividad con referencia FFI2013-45553. Algunos apartados están adaptados de Mendivil-Giró (2016), referencia a la que se remite para una discusión más detallada.

## 1. Introducción. La evolución (o diacronía) de la expresión language evolution

El título de este apartado copia el de una entrada del blog del tipólogo Martin Haspelmath ([dlc.hypotheses.org/894](http://dlc.hypotheses.org/894)) en la que señala, a raíz de la aparición de la revista *Journal of Language Evolution* de Oxford University Press, cómo no queda claro, ni por la declaración de los editores ni por los contenidos del primer número, si la expresión *language evolution* se refiere a la evolución del lenguaje como facultad humana, esto es, a la evolución de los (supuestos) prerequisites biológicos para el lenguaje (que -el propio Haspelmath admite- es el uso habitual o por defecto), o si se refiere también a los procesos de cambio lingüístico (lo que habitualmente llamamos diacronía), o a una mezcla de las dos opciones. Las respuestas de los editores y de otros autores destacados confirman que estamos en lo cierto quienes hemos señalado que en los últimos decenios ha surgido una visión de la relación entre la evolución del lenguaje y el cambio lingüístico según la cual no hay una nítida separación entre ambos fenómenos<sup>1</sup>. En otra ocasión (Mendívil-Giró 2009) señalaba que el hecho de que en inglés, a diferencia de lo que sucede en español (o en francés), no haya un término específico para *lengua* frente a *lenguaje* y que se emplee solo *language* (como contable o incontable para diferenciar las lenguas del lenguaje) podría estar en la base de la ambigüedad con la que ciertos autores, especialmente tipólogos funcionalistas, vienen empleando expresiones como *language evolution* o *language development*. Pero esa ambigüedad no es suficiente, en todo caso, para explicar la aparente imprecisión. Considérese, por ejemplo, el siguiente fragmento de Comrie:

As a result of the recent development of grammaticalisation as a tool in historical linguistics it has been possible to develop a more general variant of internal reconstruction [...] that does enable us to come up with plausible hypotheses concerning earlier states of language development (Comrie 2003: 249).

¿A qué se refiere el autor con *language development*, al cambio lingüístico en las lenguas o a la evolución del lenguaje? El breve fragmento proporcionado, que incluye una referencia al método de reconstrucción interna en lingüística histórica y otra al concepto de gramaticalización, podría hacer pensar que se refiere al cambio lingüístico en tiempo histórico, pero no es así. Como se observa en el siguiente fragmento de la misma obra, la expresión se refiere también al proceso por el que el ser humano adquirió la capacidad moderna del lenguaje:

We can take grammaticalisation and base on it a kind of generalised internal reconstruction that gives us access to hypotheses concerning earlier stages of the language in question and by generalising our conclusions to *earlier stages of language in general*" (Comrie 2003: 249, subrayado añadido).

La alusión señalada a "estados anteriores del lenguaje en general" expresa claramente la convicción de que los cambios lingüísticos (la diacronía) que observamos en las lenguas tuvieron un papel destacado (si no exclusivo) en el desarrollo de la moderna capacidad humana del lenguaje. Ante dicha asunción caben al menos tres preguntas, que abordaremos en los apartados siguientes: (i) ¿qué implicaciones tiene sobre la concepción

<sup>1</sup> Para evitar malentendidos, y ateniéndome al uso tradicional, en lo sucesivo emplearé la expresión *evolución* del lenguaje para referirme a los procesos (plausiblemente biológicos) que constituyeron la aparición o el refinamiento de la capacidad humana moderna del lenguaje (por ejemplo, frente a los chimpancés), mientras que usaré la expresión *cambio* lingüístico para referirme a los procesos de alteración de la estructura de las lenguas en tiempo histórico (por ejemplo, el paso de la fonología del latín a la española).

del lenguaje y de las lenguas?, (ii) ¿en qué concepción del cambio lingüístico se apoya? y (iii) ¿qué evidencias o pruebas la sustentan?

## 2. Dos modelos de la relación entre la evolución del lenguaje y el cambio lingüístico

Puede decirse que las diferentes maneras de concebir la relación entre la evolución del lenguaje y el cambio en las lenguas se agrupan en dos clases fundamentales: las que denominaré modelo “biológico” y modelo “cultural”, tal y como se refleja esquemáticamente en la figura 1.

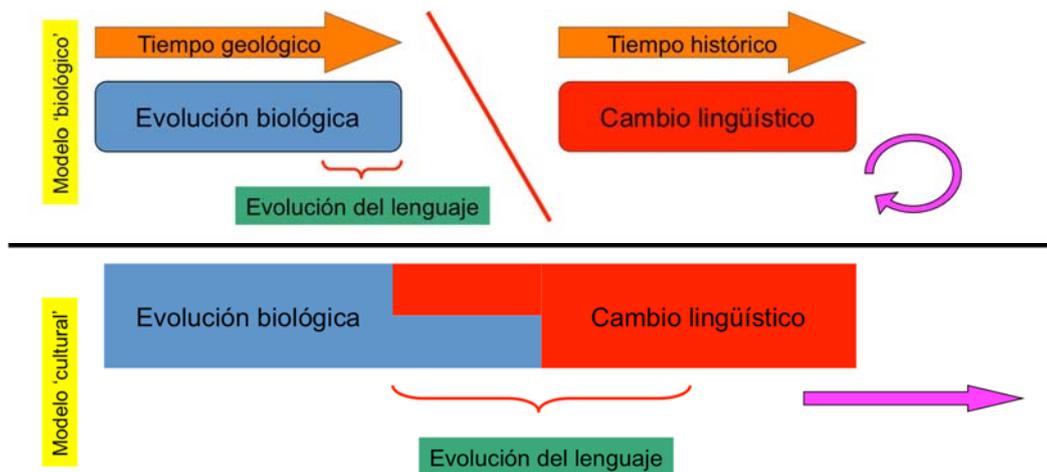


Figura. 1. Dos modelos de la relación entre la evolución del lenguaje y el cambio lingüístico

Según el modelo “biológico”, la evolución del lenguaje es un asunto de la evolución biológica de los organismos, esto es, es parte de la evolución natural. Como tal, es un proceso que sucede en escala geológica de tiempo y no guarda relación alguna con el cambio lingüístico (que teóricamente podría incluso no existir). Este modelo predice que el cambio lingüístico es un fenómeno totalmente independiente de la evolución del lenguaje. La evolución natural habría producido una capacidad biológica para el lenguaje (esto es, una capacidad para que el cerebro construya y use las lenguas) y los cambios lingüísticos se limitarían a operar sobre lenguas definidas y restringidas por dicha capacidad. La denominación de modelo “biológico” no debe entenderse de manera simplista (y de ahí el uso de las comillas): no se asume que la evolución del lenguaje sea un hecho puramente biológico, como pueda serlo la evolución del páncreas, sino que se asume que la capacidad del lenguaje que muestra el cerebro humano tiene un fundamento biológico que sería específico de la especie, de manera que un organismo no dotado de dicha facultad sería incapaz de desarrollar y usar una lengua natural, como parece ser el caso. Pero un modelo “biológico” no excluye aspectos culturales y sociales relevantes en el contexto de la evolución del cerebro humano.

Por su parte, el modelo que hemos denominado “cultural” implica que la evolución de la facultad del lenguaje (si se reconoce la existencia de la misma, algo que no siempre sucede) estaría determinada (al menos en parte) por los cambios lingüísticos, esto es, por las modificaciones en la estructura de las lenguas en su transmisión de generación en generación. En otras palabras, en este modelo se concibe la evolución del lenguaje como el resultado de los procesos de cambio histórico (evolución) en las lenguas, al margen de que se requiera también una cierta capacitación biológica para que estas se puedan aprender y usar<sup>2</sup>. Dado que en este modelo las lenguas van incrementando su complejidad estructural a través del cambio lingüístico (esto es, dado que en este modelo las lenguas mismas *evolucionan* desde el estado de pre-lenguas al de lenguas modernas) y ello no compromete que puedan ser aprendidas y usadas por las personas, se da a entender que la capacitación biológica para el lenguaje moderno no es determinante, y de ahí la calificación de “cultural”.

No es difícil encontrar correspondencias entre estos dos modelos básicos y las distintas corrientes o tradiciones de la teoría lingüística contemporánea. Así, por una parte, es evidente la vinculación del modelo “biológico” con la llamada gramática generativa (y en particular la concepción del lenguaje desarrollada por Noam Chomsky) y, por la otra, la vinculación del modelo “cultural” con la tradición funcionalista o la llamada lingüística cognitiva. Una instanciación muy influyente del modelo “cultural” es la teoría de la co-evolución del cerebro y el lenguaje de Deacon (1997). En esta tradición no se aprecia vaguedad en la interpretación de la expresión *language evolution*, sino una mezcla deliberada de ambos sentidos (eso es precisamente lo que implica la *co-evolución*). Según este modelo, la propia evolución histórica (cultural) de las lenguas habría sido un factor en la evolución biológica (adaptativa) del cerebro humano, por lo que, aunque se habla de co-evolución, se está asumiendo que son las lenguas las que evolucionan para poder ser aprendidas y usadas por cerebros humanos, limitándose el cerebro a una capacitación general: “The brain has co-evolved with respect to language, but languages have done the most of the adapting” (Deacon 1997: 122).

Los dos modelos se sustentan en realidad en diferentes concepciones de la facultad del lenguaje (FL en lo sucesivo), de las lenguas, de su grado de diversidad y del propio cambio lingüístico, tal y como se refleja en la tabla 1.

<sup>2</sup> Nótese que cuando se habla de *evolución de las lenguas* se está introduciendo una acepción informal del término *evolución*, pues no es el mismo sentido que tiene dicho término en el seno de la biología evolutiva. Para evitar esa nociva ambigüedad nos atenderemos a la convención terminológica establecida en la nota anterior. No es otra la razón por la que Berwick y Chomsky afirman: “languages change, but they do not evolve” (Berwick y Chomsky 2016: 92).

	Modelo "biológico"	Modelo "cultural"
<b>Concepción de la Facultad del Lenguaje</b>	Es una propiedad biológica de la especie (determina la arquitectura esencial de las lenguas)	No existe como tal (la restricción biológica a la estructura de las lenguas es somera e inespecífica)
<b>Concepción de las lenguas</b>	Son objetos naturales históricamente modificados	Son objetos culturales
<b>Diversidad de las lenguas</b>	Solo aparente y superficial (uniformidad)	Profunda e irrestricta (relativismo)
<b>Concepción del cambio lingüístico</b>	Superficial y no direccional	Profundo y direccional

**Tabla 1.** Correlaciones entre el modelo "biológico" y el modelo "cultural"

Para el modelo "biológico" la FL es una propiedad biológica de la especie y determina la arquitectura esencial de las lenguas (lo que predice una visión uniformitaria de las mismas). Para el modelo "cultural" la FL no existe como tal, en el sentido de que se asume que la biología ejerce una restricción somera en la estructura de las lenguas (lo que predice un escenario más relativista, como p.e. en Evans y Levinson 2009). En el modelo "biológico" una lengua es un estado de la mente y del cerebro de las personas, esto es, es un objeto natural históricamente modificado, como lo somos los propios organismos naturales, mientras que en el modelo "cultural" las lenguas son, precisamente, objetos puramente culturales. En lo que respecta al cambio lingüístico, en el modelo "biológico" éste es superficial y no direccional, mientras que en el modelo "cultural" el cambio se concibe como profundo y direccional, en ambos casos en coherencia con la predicción sobre el grado de diversidad de las lenguas. Este contraste está representado en la fig. 1 con la forma de las flechas que representan al cambio lingüístico: circular en el primer caso, direccional en el segundo.

Nótese que el carácter direccional y, en cierto modo, creativo del cambio lingüístico es un requisito imprescindible para la coherencia del modelo "cultural". En ausencia de una FL evolutivamente moldeable, el peso de los cambios lingüísticos en la creación de la complejidad lingüística que caracteriza a nuestra especie (frente al resto de especies y, plausiblemente, frente a las especies predecesoras) se hace capital.

La cuestión relevante, entonces, es la siguiente: ¿Puede el cambio lingüístico crear el lenguaje? o en otras palabras, ¿evolucionó el lenguaje a través de la evolución de las lenguas? La pregunta es ociosa para el modelo "biológico", dado que se asume que los cambios lingüísticos operan modificaciones superficiales sobre clases biológicamente restringidas de lenguas. Sin embargo, el modelo "cultural" implica una respuesta afirmativa a dicha cuestión. De hecho, la llamada *Teoría de la Gramaticalización* afirma precisamente eso: que los cambios lingüísticos son los que crean la gramática, los que crean el lenguaje tal y como lo conocemos a partir de estados ancestrales.

### 3. ¿Pueden los cambios lingüísticos crear el lenguaje? La Teoría de la Gramaticalización

La definición tradicional del concepto de gramaticalización lo presenta como un proceso de cambio lingüístico en el que se produce “l’attribution du caractère grammatical à un mot jadis autonome” (Meillet, 1912). Dicha caracterización se puede considerar neutral con respecto a los dos modelos descritos en el apartado anterior. Si adoptamos el modelo “biológico”, entonces la gramaticalización es una instancia específica del proceso general de reanálisis histórico, con la peculiaridad de que en este caso una unidad de carácter léxico (por ejemplo un nombre o un verbo) es reanalizada como una unidad de carácter funcional o gramatical (por ejemplo una conjunción o una marca de caso). Pero nótese que en esta interpretación no se implica necesariamente la creación de la propia categoría gramatical (la categoría *conjunción* o la categoría *caso*), sino la innovación de un formante nuevo o específico para dicha categoría, que se asume preexistente. Esta podría denominarse una concepción “trivial” de la gramaticalización, que creo que es la que entronca con el uso tradicional y la que sostendré en esta aportación.

Pero si adoptamos el punto de vista “cultural” cabe la opción de contemplar la que podríamos denominar una concepción “transcendente” de la gramaticalización, concepción según la cual el proceso de gramaticalización no solo proporciona un nuevo formante (o uno alternativo) para una categoría dada, sino que crea la propia categoría. Y es en ese momento en el que el proceso de cambio lingüístico se mezcla con la evolución del lenguaje y, a partir de entonces, el término *gramaticalización* ya no designa la innovación de formas gramaticales, sino el proceso por el que un lenguaje presumiblemente no gramatical se hace gramatical, esto es, se *gramaticaliza*. Esta es la posición de la llamada *teoría de la gramaticalización* (TG en lo sucesivo), uno de cuyos mayores exponentes es la monografía de Heine y Kuteva (2007).

En un modelo “biológico” como el generativista, las categorías gramaticales tradicionales (que reciben el nombre de *categorías funcionales*) son entidades formales abstractas manipuladas por la sintaxis y que determinan la interpretación semántica. La sintaxis o sistema computacional emplea esas categorías funcionales, junto con el resto de conceptos humanos, para construir denominaciones, eventos, situaciones y proposiciones. Dichas categorías (cuyo elenco es, por supuesto, objeto de investigación y controversia) se suponen universales y comunes a todos los seres humanos, ya que formarían parte de la FL invariable en tiempo histórico. Así, nociones como ‘singular’, ‘contable’, ‘dirección’, ‘procedencia’, ‘presente’, ‘pasado’, etc., se asumen consustanciales a la cognición humana e invariables en la especie. Las diferencias entre las categorías gramaticales que hallamos en las lenguas, que ciertamente son notorias, dependerían entonces no de la existencia o inexistencia de tales categorías funcionales, sino de cómo éstas se externalizan en formantes, si es que lo hacen. Así, cuando sugiero que la gramaticalización no crea la gramática, lo que quiero dar a entender es que el proceso lo que hace es crear o modificar exponentes léxicos para las categorías gramaticales subyacentes (las categorías funcionales). En este sentido, el proceso de gramaticalización no implica que una lengua sea “menos gramatical” antes de sufrirlo que después, sino simplemente que su gramática ha cambiado. Por el contrario, la TG postula que una lengua es “menos gramatical” antes que después del proceso o, en otros

términos, postula que la gramática de las lenguas se crea en el proceso de gramaticalización de las unidades puramente léxicas.

Una ventaja evidente de la aproximación “cultural” sobre la “biológica” es que la primera sí proporciona una hipótesis explícita sobre el origen de las categorías gramaticales. La principal desventaja es que dicha hipótesis, probablemente, es errónea.

#### 4. ¿Por qué es tan atractiva, aunque errónea, la teoría de la gramaticalización?

La lógica de la TG es, en principio, sólida y atractiva. Por una parte, la lingüística histórica ha establecido claramente que las formas gramaticales tienden a proceder etimológicamente de categorías léxicas (véase Heine y Kuteva 2002 para una recopilación de unos 400 procesos de gramaticalización en más de 500 lenguas). Por otra parte, ello parece encajar bien con la idea intuitiva (habitual tanto en el ámbito funcionalista como generativista) de que en la evolución del lenguaje humano las unidades léxicas sustantivas (nombres, verbos, adjetivos) debieron preceder evolutivamente a los operadores (preposiciones, conjunciones, determinantes, cuantificadores, etc.) que empleamos para unir entre sí e interpretar las entidades conceptuales designadas por las unidades léxicas mayores. Según esa visión, las categorías gramaticales procederían evolutivamente de un proceso de abstracción (de “sublimación”, por así decirlo) de los significados más concretos y “tangibles” de las palabras léxicas, lo que invita a la estipulación de que el mecanismo por el que surgió el lenguaje moderno es el mismo exactamente por el que un nombre o un verbo se reanalizan como una preposición o un sufijo en las lenguas humanas modernas. A todo ello cabe añadir que los procesos de gramaticalización parecen ir más allá del reanálisis tradicional, en el sentido de algunos crean nuevas categorías gramaticales que *no existían* en el estado lingüístico anterior.

Sin embargo, la hipótesis que sustenta la TG se enfrenta a dos serias dificultades. La primera tiene que ver con el hecho de que no hay evidencia de que las lenguas más antiguas a las que tenemos acceso fueran “menos gramaticales” que las lenguas más recientes, ni de que existan hoy categorías gramaticales que no existieron en el pasado. La segunda tiene que ver con el hecho de que la explicación de cómo surge un formante para una determinada categoría gramatical no necesariamente explica cómo surge esa categoría en la mente de las personas, ni explica las propiedades semánticas y formales que tiene. Las abordaremos sucesivamente.

#### 5. Razonamiento cosmológico y la ilusión del tiempo acotado

El razonamiento que subyace a la hipótesis de la TG es similar al de los cosmólogos del siglo XX: puesto que detectamos que los cuerpos celestes se están alejando entre sí (esto es, que el universo se expande), podemos deducir que en el pasado estaba menos expandido y, dado un tiempo retrospectivo suficiente, postular que en realidad toda la materia estaba condensada en un punto a partir del cual empieza a expandirse. Se trata,

obviamente, de la teoría del *Big Bang*, la explicación generalmente admitida sobre el origen del universo tal y como lo conocemos. Muchas otras razones, entre ellas la detección de la llamada radiación de fondo (que habría sido emitida en el momento de la explosión inicial y que aún podemos captar con la misma intensidad en todos los rincones del universo), sugieren que la hipótesis es razonablemente correcta. Trasladado el razonamiento a la evolución de las lenguas, podríamos concluir que, puesto que observamos que históricamente las lenguas se están gramaticalizando, podemos postular que las lenguas más antiguas serían menos gramaticales y, dado un tiempo suficiente, que encontraríamos lenguas sin gramática (las supuestas lenguas primitivas, ancestros evolutivos de las actuales, que denominaremos *pre-lenguas*). Sin embargo, no hay nada parecido a la detección de la radiación de fondo en la evolución histórica de las lenguas. Aunque esta dificultad podría salvarse, ya que no podemos pedir a todas las teorías el mismo grado y tipo de confirmación empírica, el mayor problema para esta visión es que tampoco hay evidencia empírica alguna de que realmente las lenguas actuales sean más gramaticales que las lenguas más antiguas (esto es, no tenemos razones para pensar que “el universo se expanda”). Así lo ha señalado Nichols en un examen comparativo de la diversidad de las lenguas en el pasado y en el presente:

This survey has uncovered no evidence that human language in general has changed since the earliest stage recoverable by the method used here. There is simply diversity, distributed geographically. The only thing that has demonstrably changed since the first stage of humanity is the geographical distribution of diversity. (Nichols 1992: 277)

Para salvar ese serio obstáculo, Heine y Kuteva (2007) postulan la existencia de un *early language*, un supuesto estado ancestral de las lenguas humanas, anterior a los límites más antiguos a los que alcanza la documentación histórica y la reconstrucción científica de las lenguas, que carecería de gramática. Pero es evidente que entonces, dado que el *early language* está postulado, el razonamiento es circular y la hipótesis, por tanto, queda huérfana de sustento empírico. Si demostráramos que el universo en realidad no se expande (esto es, que las galaxias no se alejan entre sí) y careciéramos de la radiación de fondo, entonces no quedaría ninguna razón para seguir apoyando la teoría del *Big Bang*. Por supuesto, dicha teoría hace impresionantes predicciones sobre el comportamiento y propiedades del universo, y por ello se mantiene como la explicación más sólida de entre las disponibles. Sin embargo, la TG hace predicciones que, por lo que sabemos, no se cumplen.

Así, un modelo como el descrito predice (i) que las lenguas más recientes deberían tener categorías gramaticales inexistentes en las lenguas más antiguas (en las que no habría habido tiempo suficiente para su evolución); (ii) que las lenguas antiguas deberían tener menor número y un tipo menos variado de categorías gramaticales y (iii) que no deberían existir tipos comunes de categorías gramaticales inter-lingüísticamente, sino que cada lengua o familia debería tener tipos peculiares. Esta última predicción es compleja de evaluar puesto que depende de la noción de categoría gramatical que se emplee. Haspelmath (2007), por ejemplo, considera que cada lengua tiene sus propias categorías gramaticales y que, por tanto, nociones como “caso dativo” no son aplicables a dos lenguas diferentes. Este punto de vista, razonable si consideramos que la historia singulariza los formantes gramaticales de cada lengua, no puede cuestionar que, en general, los tipos de categorías gramaticales que descubrimos en el estudio de ciertas lenguas sean aplicables a lenguas de otros tipos. Si la configuración de las categorías gramaticales fuera puramente histórica, como lo es, por ejemplo, la relación

entre significado y significante, deberíamos esperar que al igual que un diccionario del turco no nos es muy útil para entender el quechua, las categorías gramaticales de una gramática del turco no nos sirvieran para analizar el quecha, pero no es el caso.

Las predicciones (i) y (ii) son erróneas, salvo que recurramos al supuesto *early language* como prueba. De hecho, las predicciones (i) y (ii) permiten hacer una más: (iv) que las lenguas criollas no deberían desarrollar categorías gramaticales, dado que tienen una historia muy reciente. Y es cierto que, en términos generales, las llamadas lenguas criollas tienen un menor número de las tradicionales categorías gramaticales, esencialmente debido a que típicamente son lenguas con una morfología menos compleja (veáse McWorther 2011). Pero, a diferencia de los *pidgins* de los que (supuestamente) derivan, las lenguas criollas, muchas de ellas de menos de doscientos años de antigüedad, presentan categorías gramaticales (conjunciones, pronombres, marcadores de tiempo, modo y aspecto) usualmente derivadas del reanálisis de categorías léxicas de las lenguas de superestrato que, supuestamente, deberían tardar muchos más años en evolucionar si el procedimiento fuera el mismo que observamos en las lenguas con historia documentada de miles de años, con cambios mucho más graduales y sutiles en la evolución de sus formas gramaticales.

Las lenguas criollas son pues ellas mismas argumentos directos en contra de la hipótesis de que la creación de categorías gramaticales se pueda explicar como un proceso histórico de cambio gradual. Pero todavía es más importante tener en cuenta lo que, en efecto, las lenguas criollas no suelen tener: flexión verbal, sistemas de concordancia, construcciones pasivas o alternancias de marcación ergativa. Todas estas carencias, que comparten muchas lenguas que no son criollas, apuntan claramente al tipo de fenómeno que es realmente el resultado de la gramaticalización entendida como reanálisis: no las categorías en sí, sino la creación de los exponentes gramaticales que generan ese tipo de complejidad morfológica (morfemas ligados y fusión) que solo la historia puede proporcionar. La historia es necesaria para que haya ciertos tipos de formantes gramaticales, pero no para que haya gramática.

Junto con la deficiente aplicación del “razonamiento cosmológico”, en la bibliografía afín a la TG abunda también la que podríamos llamar la “ilusión del tiempo acotado”. Así, siguiendo una fructífera y reconocida línea de trabajo, Traugott (2003: 126) señala que la historia de *in fact* ‘de hecho’ en inglés es una muestra del carácter unidireccional del cambio semántico en la deriva *significado no subjetivo* > *significado subjetivo*. La expresión *in fact* habría pasado de ser un adverbio de manera a ser un adverbio adversativo (que expresa el contraste con la proposición anterior, del hablante o de otros individuos) y de ahí a marcador del discurso (que indica que lo que viene después es un argumento más fuerte que lo que antecede, con respecto al punto de vista del hablante). Sin duda son datos interesantes y el hecho de que este tipo de procesos se produzca en lenguas diferentes y no relacionadas requiere de una explicación. El problema que tienen este y otros planteamientos semejantes es el uso del concepto de direccionalidad. Nótese que al postular que hay una deriva en el sentido *no subjetivo* > *subjetivo* se está dando a entender que el cambio lingüístico incrementa la subjetividad en el lenguaje, que es lo mismo que decir que a mayor antigüedad de una lengua, menor subjetividad. Sin embargo, no existe ninguna prueba de que las lenguas de hace dos o tres mil años (más atrás apenas alcanza la documentación para poder opinar con criterios objetivos) fueran menos aptas o adecuadas para expresar los estados internos y las opiniones del hablante (del *yo enunciadador*) con respecto a la situación comunicativa o al resto de interlocutores.

Si volvemos a la evolución de *in fact*, podemos admitir que en inglés antiguo no tenía el sentido subjetivo que tiene en la actualidad, pero sería muy arriesgado afirmar que el inglés antiguo era una lengua menos apta para expresar la subjetividad que el inglés actual. Nótese además que de alguna manera se establece una especie fragmentación arbitraria de la realidad histórica que distorsiona las conclusiones, como si al poner un nombre a una sucesión de estados de lengua (por ejemplo, *inglés*), se pusiera, por así decirlo, el contador a cero. Al comenzar la descripción en el antiguo inglés y acabarla en el inglés actual estamos dando a entender (erróneamente) que antes del inglés antiguo no ha habido un tiempo igual de largo que el transcurrido desde la Edad Media hasta ahora, lo cual es obviamente falso. Si los efectos de la subjetivización en las lenguas se pueden mostrar empíricamente analizando los cambios semánticos ocurridos desde el siglo XI hasta ahora, entonces tenemos que admitir que en los miles de años transcurridos antes de llegar al estado que encontramos en el inglés antiguo (supuestamente hablado entre los siglos V y XI) esas mismas fuerzas subjetivadoras han tenido que estar actuando exactamente igual que desde entonces hasta ahora, aunque no llamemos *inglés* a esos estados de lengua. Por tanto, hablar de direccionalidad es inadecuado, salvo que se matice adecuadamente, por ejemplo, en el sentido de que en realidad estamos hablando de cómo ciertas unidades lingüísticas pueden adquirir sentidos subjetivos que antes no tenían, o de que el análisis histórico de las lenguas muestra que es más habitual o frecuente el cambio *no subjetivo* > *subjetivo* que el inverso, algo que, sin duda, requiere de explicación, pero que no implica que los cambios semánticos sean direccionales en sentido estricto.

## 6. ¿Pero qué es lo que cambia cuando cambian las lenguas?

Retomemos ahora la objeción a la TG mencionada al final del apartado 4, esto es, que la explicación de cómo surge un formante para una categoría gramatical no implica que se esté explicando realmente cómo surge esa categoría.

En el modelo alternativo que estoy asumiendo se parte de la hipótesis de que los cambios lingüísticos se limitan a modificar la relación entre estructuras abstractas y los exponentes morfo-fonológicos que se emplean para externalizar dichas representaciones (véase Mendivil-Giró 2016 para una argumentación detallada). Ello implica que los cambios lingüísticos no tienen capacidad de alterar la estructura interna de las lenguas (que sería común a todas ellas), sino únicamente su “superficie”.

Pero ¿qué entendemos por la “superficie” de una lengua? En el modelo “biológico”, una lengua, en el sentido de lengua interna o lengua-i (en el uso habitual en gramática generativa), es en realidad la facultad del lenguaje de una persona, de manera que cada lengua-i es un estado posible de la FL humana. Según el conocido e influyente modelo de Hauser, Chomsky y Fitch (2002), la FL humana incluye, mínimamente, tres grandes componentes: (i) un sistema conceptual-intencional, relacionado con la interpretación de las expresiones lingüísticas, (ii) un sistema sensorio-motor relacionado con la producción y percepción de señales lingüísticas (sonidos y/o señas visuales) y (iii) un sistema computacional, la sintaxis en sentido estricto, responsable de la estructura composicional y productiva que subyace a las expresiones lingüísticas. Según la perspectiva chomskiana, el sistema computacional es el responsable de que en todas las lenguas se pueden crear un número

potencialmente infinito de expresiones lingüísticas nuevas partiendo de la recombinación de elementos discretos. Según esta visión, el sistema computacional es el componente central del lenguaje humano y el que lo singulariza frente a los sistemas de comunicación de otras especies (que seguramente comparten con el lenguaje humano los componentes conceptual-intencional y sensorio-motor).

La cuestión relevante ahora es en cuál o en cuáles de esos tres componentes se producen los cambios lingüísticos que tienen como consecuencia la diversidad de las lenguas. Una vía para abordar esa cuestión es considerar la propuesta más reciente de Chomsky (véanse Chomsky 2007, Berwick y Chomsky 2011, Berwick y Chomsky 2016) según la cual la relación entre el sistema computacional y los sistemas conceptual-intencional y sensorio-motor es asimétrica, en el sentido de que el sistema computacional habría evolucionado adaptándose al sistema conceptual-intencional, formando lo que sería (y seguiría siendo) una especie de “lenguaje interno” destinado esencialmente a la representación de la realidad y a la creación del pensamiento. Ese lenguaje interno del pensamiento, un atributo natural común en lo esencial a la especie, se habría conectado posteriormente al sistema sensorio-motor para la externalización y, por tanto, para la comunicación. Según esta visión, la externalización sería ancilar o secundaria, esto es, un proceso expuesto a la fluctuación en el ambiente y, por tanto, susceptible de cambio y de diversificación.

Lo que este escenario implica, entonces, es que la FL debe incluir un componente procedente del entorno (esto es, internalizado), cuya misión sería la de conectar sistemáticamente las derivaciones generadas por el lenguaje interno (resultantes de la interacción entre el sistema conceptual y el computacional) con los sistemas sensorio-motrices. La idea crucial es que ese componente es el único que resulta de la interiorización de los estímulos del entorno y, por tanto, es el único que está expuesto al cambio y a la variación. Por pura conveniencia expositiva denominaré a ese componente como *léxico-i* (de léxico interiorizado). El esquema de la figura 2 incluye una representación de los tres componentes esenciales de la FL junto con el léxico-i que, según la hipótesis de la asimetría, vincula el lenguaje interno del pensamiento con el sistema sensorio-motor.

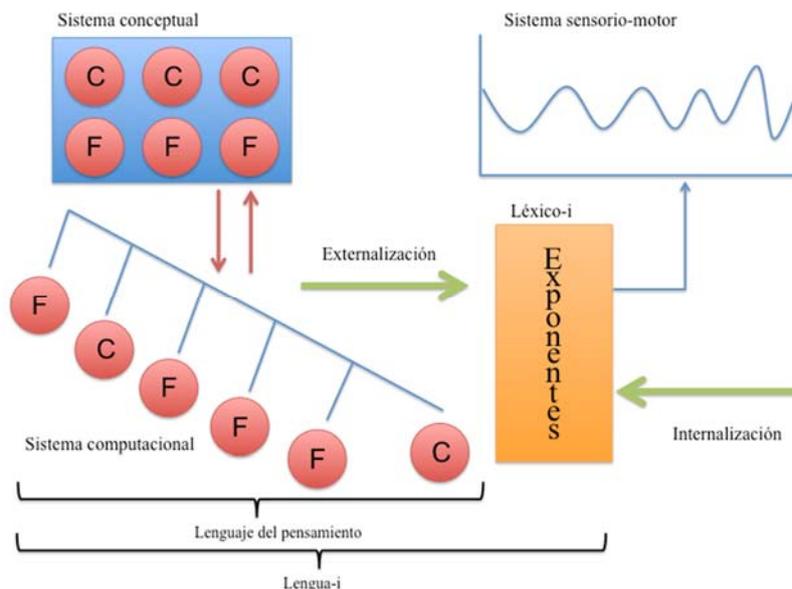


Figura. 2. Componentes esenciales de una lengua-i (adaptado de Mendívil-Giró 2014)

Como se aprecia en el esquema de la fig. 2, el léxico-i es el interfaz entre el lenguaje interno del pensamiento y el sistema sensorio-motor. El sistema computacional genera derivaciones sintácticas empleando elementos conceptuales y funcionales (C y F en el esquema) y luego se externaliza por medio de los exponentes internalizados del entorno (que integran el léxico-i) proyectándose en el sistema sensorio-motor (representado convencionalmente como una onda sonora). El uso del término *léxico-i* se basa en la idea tradicional de que el léxico de una lengua es el que empareja sistemática y arbitrariamente sentidos y significados, pero debe evitarse ahora la lectura según la cual el léxico es el conjunto de palabras o unidades que la sintaxis combina para crear oraciones. El léxico-i debe interpretarse como un ámbito de la memoria a largo plazo que proporciona una conexión estable entre, de una parte, los elementos puramente conceptuales (semánticos) tal y como los construye el sistema computacional (la sintaxis) y, de otra, los sistemas sensorio-motores que procesan y producen las señales lingüísticas materiales que perciben y producen los seres humanos cuando usan el lenguaje para la comunicación. Así pues, toda lengua (en tanto que lengua-i) es un sistema de conocimiento formado por un sistema conceptual-intencional y un sistema computacional comunes a la especie humana que se asocian a un sistema sensorio-motor, también uniforme en la especie, por medio de un léxico-i que, al adquirirse del entorno, está expuesto a cambio y variación y, por tanto, difiere en cada comunidad lingüística (en realidad, en cada individuo).

Según este modelo, la tarea de aprender la lengua del entorno implica en realidad la tarea (no trivial) de aprender a externalizar el lenguaje interno del pensamiento de la misma manera en que lo hacen los demás miembros de la comunidad lingüística. Y esa tarea se resume en la interiorización del léxico-i. Es en este proceso en el que se pueden producir los desajustes entre forma y estructura que tradicionalmente conocemos en lingüística histórica como *reanálisis*.

Se sigue entonces que según este modelo, el mecanismo esencial del cambio es el reanálisis, entendido como una alteración de la relación entre una estructura subyacente y una expresión lingüística (un formante o exponente del léxico-i), que es precisamente lo único que, según el modelo que estoy defendiendo, el cambio lingüístico puede alterar. En el caso de la gramaticalización, la alteración implica que el exponente que se empleaba para externalizar una categoría léxica pasa a emplearse para externalizar una estructura que incluye una categoría funcional (o que consiste solo en ella).

## 7. ¿Crea la gramaticalización la gramática? La gramaticalización como reanálisis

La principal objeción que hacen los partidarios de la TG a la interpretación de la gramaticalización como un proceso de reanálisis es que se asume que la gramaticalización, a diferencia del reanálisis, es un proceso creativo, esto es, capaz de crear unidades o categorías previamente inexistentes en la lengua objeto de análisis.

Consideremos un caso típico de lo que se ha llamado *gramaticalización pura* (la creación de una categoría inexistente en la lengua), como puede ser el de la evolución de los artículos definidos en español, para mostrar que la gramaticalización no es sino reanálisis.

Como señala Elvira (2015) en su detallada revisión de este proceso, la función del artículo es la de indicar que el referente de una expresión nominal es accesible al oyente a través de los datos del contexto, lo que permite restringir el conjunto de posibles referentes de dicha expresión. La lengua latina carecía de artículo, pero eso no significa que no pudiera construir expresiones definidas. De hecho, como también señala Elvira, otras unidades gramaticales (como los demostrativos y los posesivos) pueden desempeñar eventualmente el papel de determinantes. Lo especial del artículo sería entonces que tendría la función de determinación como tarea primordial y exclusiva. Pero en tal caso, si en latín clásico y en otras muchas lenguas (antiguas y modernas) en las que no hay artículos definidos también se pueden obtener expresiones definidas, cabe sospechar que la categoría de 'definitud' (llamémosla D) también existe en la mente de los hablantes de esas lenguas, aunque no tenga un exponente específico. Nótese, por ejemplo, que los nombres propios son expresiones definidas por antonomasia. En español y en otras muchas lenguas (como, por supuesto, en latín) los nombres propios se interpretan como definidos y no requieren artículo (aunque en algunas variantes del español sí lo hacen, así como sucede normalmente en otras lenguas, como el catalán). Comparemos las representaciones siguientes para las expresiones definidas *el profesor* y *Elisa*:

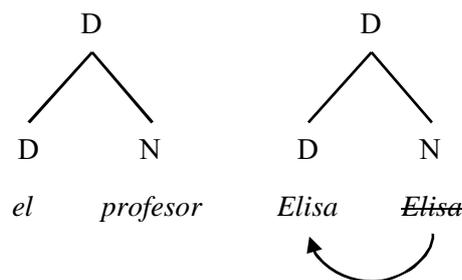


Figura 3. Estructura del Sintagma Determinante

La parte izquierda de la figura 3 representa un sintagma determinante (SD) según el uso estándar de la gramática generativa. En ella vemos que el determinante toma como complemento un SN cuyo núcleo es materializado por *profesor*. Por su parte, D es materializado por *el*. En la parte derecha observamos que *Elisa*, el nombre propio, materializa tanto a N como a D<sup>3</sup>. Nótese que *el profesor* y *Elisa* tienen la misma distribución sintáctica, lo que sugiere que son de la misma categoría (SSDD los dos). Los nombres desnudos como *profesor* o *señora* no pueden ocupar las mismas posiciones sintácticas, precisamente porque no son SSDD (Cfr., *\*Profesor habla* o *\*Señora es muy trabajadora*). Por tanto, estamos en disposición de considerar que en latín clásico, a pesar de no haber determinantes del tipo de los artículos definidos, sí podía existir la categoría D, lo que precisamente explicaría que expresiones latinas como *Arma virumque cano* se interpretaban como 'canto a las armas y al hombre' y así se traducen al español, con artículos definidos y no con nombres desnudos. El propio Elvira menciona en su revisión del proceso de gramaticalización del artículo (que procede del demostrativo latino

<sup>3</sup> En algunos modelos teóricos de la gramática generativa se asume que N se mueve a D y en otros que el nombre propio materializa toda la secuencia. Para los efectos de nuestra discusión la diferencia entre los dos modelos es irrelevante, así que asumiré la más extendida y conocida de que N, si es un nombre propio, se ve atraído a D, tal y como representa la flecha; también empleo la convención de representar tachado el término desplazado (el que no se pronuncia).

*ille* ‘este’) que su aparición en las lenguas romances es sensible a la pérdida de los casos morfológicos. De hecho, también se hace eco el autor de la correlación tipológica que suele haber entre la ausencia de artículos y la presencia de morfología rica de caso, y asume que la ausencia de caso morfológico sería una de las condiciones que favorece el desarrollo del artículo en las lenguas romances. De hecho, es muy plausible que fueran los morfemas de caso latinos los que materializaban (junto con otras) la categoría D en esta lengua. De hecho, existen lenguas en las que el caso solo se muestra en los determinantes y no en los nombres, o en las que solo los nombres definidos llevan caso marcado y no los indefinidos, o lenguas (como el finés) en las que el caso de un determinado complemento varía en función del grado de especificidad de este. Si las marcas de caso sufijadas en los nombres latinos materializaban los rasgos de D, es esperable que la pérdida de los casos morfológicos abriera un camino para el reanálisis de otros elementos adnominales (por ejemplo demostrativos) como instancias de D. Nótese que, al margen ahora de los complejos detalles del proceso, se abre un camino para mostrar que la creación de un nuevo formante gramatical (el artículo definido a partir de un demostrativo) no implica necesariamente la creación de una nueva categoría gramatical, a no ser, claro está, que definamos *categoría gramatical* como ‘exponente morfológico de una categoría funcional’.

Aún podría alegarse desde el punto de vista de la TG que su opción es superior, dado que explica cómo surge el determinante, mientras que la opción contraria tiene que asumir la preexistencia de D. Eso puede parecer razonable, pero para ello habría que demostrar que realmente los procesos de cambio lingüístico crean las categorías gramaticales, algo notablemente más difícil que mostrar cómo se crean los exponentes morfológicos.

Volvamos a la idea intuitiva de que lenguaje “primitivo” debió de consistir en unidades léxicas sin gramática y que el lenguaje “moderno” deriva de éste a través de la gramaticalización. Debe notarse que incluso aunque se pudiera sostener alguna visión de que el ancestro evolutivo de nuestro lenguaje (digamos, por ejemplo, el lenguaje de nuestros ancestros de hace 500.000 años, previos a la especie *Homo sapiens*), estaba constituido solo por algún tipo de unidades léxicas denotativas, en modo alguno sería aceptable la idea de que el proceso histórico de gramaticalización podría ser la explicación de la evolución del lenguaje en nuestra especie. Primero, porque no habría manera de explicar por qué el lenguaje tal y como hoy lo tenemos, no evolucionó hace, digamos, 300.000 años (cuando sabemos por las lenguas criollas que la gramaticalización puede ser muy rápida en ocasiones) y, segundo y más importante, porque, aunque no se suela tener en cuenta, en realidad las unidades léxicas mayores (nombres y verbos) que típicamente se aducen como “fuentes” de las categorías gramaticales ya son en sí mismas, también, categorías gramaticales, no puros conceptos unidos a sonidos.

Por supuesto, no sabemos cómo eran las lenguas que hablaban los homínidos de hace 500.000 o 300.000 años, si es que hablaban, pero en modo alguno tiene sentido afirmar que tendrían un lenguaje como el nuestro (con nombres y verbos, por ejemplo) pero sin categorías gramaticales, puesto que las propias nociones de nombre y verbo ya implican gramática (y sintaxis) en sí mismas. Consideremos las palabras latinas *dolor* y *doleo* (por tomar un ejemplo ya discutido por los gramáticos especulativos de la Edad Media). Es posible que las dos compartan un núcleo conceptual, que equivaldría a lo expresado por la raíz (digamos *dol-*), pero en modo alguno podemos decir que solo constan de ese significado conceptual, pues en caso contrario las dos serían idénticas. Para imaginar un lenguaje “primitivo” sin gramática no habría que partir de nombres y verbos (entidades ya gramaticales) sino de esa especie de raíces sin categoría gramatical. Después habría que postular que otras raíces

sin categoría, por ejemplo las correspondientes a 'objeto' o a 'evento', o a 'estado', etc., se adjuntaron a éstas y al final se convirtieron ellas mismas en asignadores de categoría (N, V, etc.), y que a partir de un momento dado, todos los conceptos se iban asociando a una categoría de ese tipo y, combinándose entre sí y gramaticalizándose, iban dando lugar a otras categorías gramaticales, como pronombres, determinantes, auxiliares, etc. Pero este modelo (entre otras deficiencias) está asumiendo sin mayor justificación que, por ejemplo, el concepto de 'piedra' es previo al concepto de 'objeto', o que el concepto de 'dolor' es previo al concepto de 'sensación', etc. Ahora bien, ¿qué podrían significar 'piedra' o 'dolor' para un organismo incapaz de manejar el concepto de 'objeto' o de 'sensación', queda sin explicación. Si el concepto de 'piedra' no puede ser anterior al concepto de 'objeto', entonces carece de sentido asumir que las categorías léxicas denotativas preceden necesariamente a las categorías funcionales. Para que exista un tipo de pensamiento como el humano no hacen falta solo conceptos "léxicos" como 'piedra', 'mano', 'hambre' o 'anochece', sino también conceptos más abstractos (los que corresponden a las categorías funcionales) que permitan la denotación, la referencia, la predicación, etc., esto es, la conexión composicional entre ellos. Si el pensamiento precedió a la externalización, no tiene sentido pensar que el origen de la sintaxis (que es la que permite el pensamiento) esté en la gramaticalización histórica de las unidades léxicas denotativas.

## 8. Conclusión: ¿Continuidad histórica o distintas "clases biológicas" de lenguas?

La confusión entre el proceso de cambio lingüístico y el proceso de evolución de la FL es natural en aquellas aproximaciones que conciben las lenguas como objetos sociales y culturales. Desde esta perspectiva, la evolución del lenguaje humano (en contraste con el lenguaje de nuestros ancestros evolutivos) sería en realidad un efecto o consecuencia de los cambios históricos sucedidos en las lenguas asumiendo una continuidad biológica en lo que al lenguaje respecta. Frente a esa visión, la concepción de las lenguas como distintas externalizaciones de un sistema de conocimiento uniforme en la especie implica que los cambios lingüísticos se restringen a la variación de esos patrones de externalización y, por tanto, no pueden tener ningún efecto en los aspectos biológicamente determinados de la FL y, como consecuencia, la evolución del lenguaje, comoquiera que sucediera, es independiente del cambio lingüístico.

El esquema de la Fig. 4 pretende sintetizar, a modo de recapitulación, la diferencia entre estas dos grandes maneras de abordar la relación entre la evolución del lenguaje y el cambio en las lenguas:

## ¿Qué relación hay entre el cambio lingüístico y la evolución del lenguaje?\*

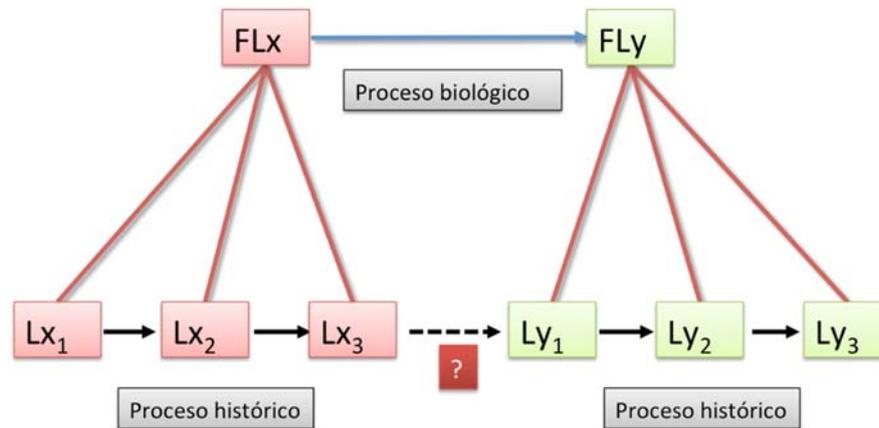


Figura 4. Representación de la vinculación evolutiva entre dos Facultades del Lenguaje

Se representa en la parte superior la evolución biológica entre dos facultades del lenguaje, FLx y FLy. Asumamos, por ejemplo, que FLx representa la capacidad del lenguaje análoga a la de la especie *Homo erectus* y que FLy representa la capacidad del lenguaje del *Homo sapiens* (asumiendo simplifadamente que el primero es un ancestro del segundo). Se representan igualmente las “lenguas” concretas que emergerían de cada una de las Facultades del Lenguaje y la evolución histórica entre ellas. Así, en el esquema se da a entender que la FLx daría lugar a la lengua Lx<sub>1</sub> (entre otras muchas posibles) que, debido al cambio histórico, podría producir otras lenguas descendientes, como Lx<sub>2</sub>, Lx<sub>3</sub> y así sucesivamente a lo largo de decenas de miles de años. Todas las lenguas del tipo Lx, independientemente de su antigüedad en el tiempo, serían coherentes con la FLx y, a la vez, estarían confinadas a ese “tipo biológico” de lenguas. Una vez que ciertos cambios evolutivos, presumiblemente en la organización o en la arquitectura del cerebro, dieran lugar a una nueva FLy (por ejemplo, la nuestra), todas las lenguas resultantes de esa nueva capacidad tendrán propiedades comunes diferentes de las anteriores y, de nuevo, asumimos que los cambios históricos que den lugar a sucesivos linajes de lenguas (Ly<sub>1</sub> > Ly<sub>2</sub> > Ly<sub>3</sub>, etc.) no pueden alterar la propia FLy.

Desde este punto de vista, la cuestión de hasta qué punto hay una continuidad histórica entre las lenguas Lx y las lenguas Ly (indicada por la flecha discontinua y el interrogante en el esquema), aun siendo fascinante, es hasta cierto punto irrelevante, puesto que lo que explicaría la idiosincrasia de ese nuevo “tipo biológico” de lenguas no sería esa posible conexión histórica profunda, sino la innovación evolutiva (biológica) subyacente.

A pesar de la notable semejanza que existe entre los procesos de evolución biológica y los de cambio lingüístico (paralelismo que ya señaló Darwin y que se analiza en Mendivil-Giró 2006), parece que resulta más adecuado considerar los fenómenos de evolución del lenguaje y de cambio lingüístico como procesos totalmente independientes.

José-Luis Mendivil-Giró  
Universidad de Zaragoza  
[ilmendi@unizar.es](mailto:ilmendi@unizar.es)

## Referencias Bibliográficas

- Berwick, Robert C. y Noam Chomsky (2011): "The Biolinguistic program: the current state of its development", A.M. Di Sciullo y C. Boeckx, eds., *The Biolinguistic Enterprise*, Oxford: Oxford University Press, pp. 19-41.
- Berwick, Robert C. y Noam Chomsky (2016): *Why Only Us*, Boston: The MIT Press.
- Chomsky, Noam (2007): "Approaching UG from below", U. Sauerland y H.-M. Gärtner (eds.), *Interfaces + recursion = language? Chomsky's minimalism and the view from semantics*, Berlín: Mouton de Gruyter, pp.: 1-30
- Comrie, Bernard (2003): "Reconstruction, Typology and Reality", R. Hickey (ed.), *Motives for Language Change*, Cambridge: Cambridge University Press, pp.: 243-257.
- Deacon, Terrence W. (1997): *The Symbolic Species: the Co-Evolution of Language and the Brain*, Nueva York: W.W. Norton.
- Elvira, Javier (2015): *Lingüística histórica y cambio gramatical*, Madrid: Síntesis.
- Evans, Nicholas y Stephen C. Levinson (2009): "The Myth of Language Universals: Language diversity and its importance for cognitive science", *Behavioral and Brain Sciences*, 32, pp. 429-448.
- Haspelmath, Martin (2007): "Pre-established categories don't exist: Consequences for language description and typology", *Linguistic Typology*, 11, pp. 119-132.
- Hauser, M. D., N. Chomsky y W. T. Fitch (2002): "The Faculty of Language: What Is It, Who Has It, and How It Evolved?", *Science*, 298, pp. 1569-1579.
- Heine, B. y T. Kuteva (2002): *World lexicon of grammaticalization*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Heine, B. y T. Kuteva (2007): *The Genesis of Grammar*, Oxford: Oxford University Press.
- McWhorter, John H. (2011): *Linguistic Simplicity and Complexity. Why do languages undress?* Boston/Berlín: The Gruyter Mouton.
- Meillet, Antoine (1912): "L'évolution des formes grammaticales", A. Meillet (1921), *Linguistique historique et linguistique générale*, París: Champion, pp. 130-148.
- Mendivil-Giró, José Luis (2006): "Languages and Species: Limits and Scope of a Venerable Comparison", Rosselló, Joana y Jesús Martín (eds.), *The Biolinguistic Turn. Issues on Language and Biology*, Barcelona: PPU, pp. 82-118.
- Mendivil-Giró, José Luis (2009) "El cambio lingüístico, la evolución del lenguaje y la hipótesis de la uniformidad de las lenguas", Veyrat Rigat, Montserrat y Enrique Serra Alegre (Eds.), *La Lingüística como reto epistemológico y como acción social*, Madrid: Arco/Libros, pp. 145-154.
- Mendivil-Giró, José Luis (2014): "What are Languages? A Biolinguistic Perspective", *Open Linguistics*, 1, pp. 71-95.
- Mendivil-Giró, José Luis (2016): *El cambio lingüístico: sus causas, mecanismos y consecuencias*, Madrid: Síntesis.
- Nichols, Johana (1992): *Linguistic Diversity in Space and Time*, Chicago: University of Chicago Press.
- Traugott, Elisabeth Closs (2003): "From subjectification to intersubjectification", R. Hickey (ed.), *Motives for Language Change*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 124-139.